

MADRUGADAS DE LAS
DOS ORILLAS
Premio "Duque de Rivas" de Teatro 1997
Drama en cuatro Actos

*A Luis, mi hermano,
cuyo recuerdo me acompaña
como una sombra protectora.*

*«La locura de los humanos es tal que, algunos, por el
miedo a la muerte,
se ponen al final en condiciones
de desecharla».*

SÉNECA (Epist. XXIV)

PERSONAJES

EUGENIA CAMPOO DE MILÁ, Viuda del industrial Milá y Dato

Sus hijos:

ERNESTO MILÁ

JUAN MILÁ

MATILDE MILÁ

M^a RENÉE MILÁ

MARCOS MILÁ

ELISA MILÁ

JULIO CAMPOO, tío de Eugenia

DR. BARAT, Médico de la familia

ÁGUEDA ESTEBAN, doncella

PADRE CRISÓSTOMO S. J., consejero de la familia

MILICIANO

CRISANTO, cuñado de Águeda

Los tres visitantes militares

La acción se inicia en Madrid, a los pocos días de estallar la Guerra Civil de 1936 a 1939.

ACTO I. ESCENA VI

(Entra Marcos, un joven de unos veinte años).

EUGENIA. ¿Dónde estabas?
MARCOS. En el Club. Pero aquello está desierto. Cuando salía llegaba el administrador de los Marqueses de Lorenz, y me ha preguntado que si tenemos armas en casa.
EUGENIA. *(Asombrada)*. ¿Armas? ¿Por qué te ha dicho eso? Porque se ha extrañado de que sigamos en Madrid. No sabía lo del abuelo.
M^a RENEÉ. ¿Sabes si Ernesto está en la fábrica?
MARCOS. ¡Cualquiera se acerca por allí!
EUGENIA. Podías intentar... ¿Dónde se habrá metido?
MARCOS. He visto dos muertos en la calle.
EUGENIA. ¡Dios mío!

(Entra Ernesto).

¡Ernesto!

ESCENA VII

ERNESTO. Sí, mamá. No me ha ocurrido nada.
MATILDE. ¿Y la fábrica?
ERNESTO. Me han echado. Dicen que es suya.

(Se encoge de hombros).

¡Y han matado a Luis Brull!

(Dan un grito de estupor).

Lo he visto caer por una ventana.
EUGENIA. ¿Cómo es posible?
ERNESTO. Se había enfrentado con ellos muchas veces.
EUGENIA. *(Levemente)*. ¡Dios lo tenga en su gloria!

(Se santiguan. Pausa larga).

MATILDE. Hay que tomar una decisión. He oído por la radio que en la Casa del Pueblo están repartiendo armas.
EUGENIA. Esperemos a que venga Juan.
MATILDE. Está en su cuarto.
EUGENIA. ¡Llámallo, Marcos!

(Va a salir, pero, en ese momento, entra su hermano Juan, de la misma edad que Matilde, algo más joven que Ernesto).

ACTO II. ESCENA XVII

(Desde su entrada en escena se la nota con el rostro alterado).

EUGENIA. ¿Quién era?
MATILDE. ¿Qué te pasa?
ÁGUEDA. Nuestra situación ha cambiado.
MATILDE. ¿Pero quién era?
ÁGUEDA. Un hombre de la confianza de mi cuñado. Por lo visto..., le acusan de estar protegiendo a familias fascistas.
MATILDE. Debe ser por nosotros.
ÁGUEDA. Me dice también que han sido detenidos los Srs. de aquí al lado. Se han llevado en un coche al mayor de los hijos. Y el padre que salió esta mañana no ha regresado aún.
EUGENIA. ¡Tenéis que salir enseguida de aquí!
MATILDE. ¿Y la camioneta?
ÁGUEDA. La mandará después de las doce.

(Pausa breve).

EUGENIA. Hemos llegado al límite de lo que se podía esperar. Hay que decidir sin pérdida de tiempo.

(Se vuelve a Matilde).

MATILDE. ¡Por favor, hija! Esa inyección.
Ahora mismo, mamá.

(Matilde sale).

ESCENA XVIII

EUGENIA. Debéis salir para casa de Andrés. Por el momento, no encontraremos otro sitio mejor.
MARCOS. No habrás pensado quedarte sola con tu padre.
EUGENIA. Es lo único razonable que podemos hacer.
ÁGUEDA. Yo podría quedarme con usted.
EUGENIA. ¿Qué puede sucederme? Si llegaran, encontrarían a una mujer que está cuidando a un moribundo.
MARCOS. ¡Pero esta casa!
EUGENIA. ¡Aquí la tienen! Pueden disponer de todo.
TÍO JULIO. Por esa misma razón yo puedo acompañarte. Nadie se mete con un viejo.
M^a RENÉE. Águeda se quedará contigo.
EUGENIA. Y os llevará algo de la despensa.
ÁGUEDA. Mañana no me será posible.
M^a RENÉE. Tiene que decir un discurso.

EUGENIA. ¿Un discurso? ¿Pero qué es eso?
M^a RENÉE. Su cuñado quiere que lo diga en el entierro de unos milicianos.
EUGENIA. ¡Qué cosas, Dios mío! ¿Y cómo te las vas a compones?
ÁGUEDA. (*Preocupada*). No sé. Ya se me ha olvidado lo que iba a decir.
M^a RENÉE. Tiene cualidades.

(*Queda pensativa. Parece como si se mareara*).

¿Habéis oído?
EUGENIA. ¿El qué? ¿Qué te ocurre?
M^a RENÉE. Como si alguien estuviera subiendo la escalera.

(*Escuchan*).

¿Cerraste bien la puerta, Águeda?
ÁGUEDA. Con la llave y el cerrojo.
M^a RENÉE. Si ellos quisieran venir sería como una puerta de papel. No resistiría los culatazos de los fusiles.
EUGENIA. Pero no pienses en eso.

(*Renée se sienta y oculta el rostro entre sus manos*).

¡Cálmate, hija!

(*Pausa breve*).

Águeda.

ÁGUEDA. Dígame.
EUGENIA. Prepara unas tazas de té.

(*En este momento suena intenso el timbre de la galería*).

¿Qué ocurre? ¿Quién llama ahora?
MARCOS. ¡El timbre!
M^a RENÉE. Matilde llama.

(*Vuelve a sonar igualmente intenso pero sostenido*).

EUGENIA. ¡Dios mío!

(*Se incorpora bruscamente*).

¡Algo le ocurre a mi padre!
M^a RENÉE. ¡Espérate!

(*Eugenia se precipita. Detrás de ella salen todos menos Elisa y Águeda. Esta va a salir pero más lentamente*).

ELISA. ¿Qué ha ocurrido, Águeda?
ÁGUEDA. Voy a verlo. No lo sé.

ELISA. Tengo miedo, Águeda. No me dejes sola.
ÁGUEDA. Hay que esperar que ocurra lo peor. ¡Tiene tantos años...!

(Sale lentamente. Elisa va detrás. La escena queda desierta. Pausa).

ACTO III. ESCENA V

MILITAR. Perdón, señorita.

(Avanzan con cierta falsa timidez).

MATILDE. Dígame.

MILITAR. (Mostrándole una hoja escrita que extrae de su bolsillo). Preguntamos por Águeda Esteban. Creo que sirve en esta casa. O que servía.

MATILDE. Sí.

MILITAR. Al mismo tiempo..., si fuera tan amable..., desearíamos...

(Con ademán estudiado le hace un gesto a Matilde para que tome el escrito. Matilde se acerca y lo toma. Lee con ansiedad. Los hombres contemplan la escena con la mirada perdida en los detalles del salón).

MATILDE. Parece, si no he entendido mal, este escrito presente algunas...

MILITAR. *(Cortándole)*. Una simple requisitoria, señorita.

MATILDE. Había entendido...

MILITAR. Desde luego. Pero tendríamos necesidad de que alguien pudiera completarnos, en alguna medida, cierto informe que necesitamos.

MATILDE. Tomen asiento, por favor.

MILITAR. No se moleste, gracias. Estamos bien así.

(Hay una pausa embarazosa).

Han tenido que sufrir mucho durante la guerra. Parece que Madrid ha sido un infierno.

MATILDE. No puede imaginárselo. Un mundo enloquecido que nos asechaba por todas partes.

MILITAR. Al menos ustedes han podido contarlos.

MATILDE. Contar este horror interminable. Supongo que querrá decir eso.

MILITAR. Afortunadamente ha terminado.

MATILDE. Gracias a Dios.

(La escena continúa desenvolviéndose en silencio sin que de los personajes se perciba otra cosa que un amplio repertorio de gestos que nos indican, sobreentendiendo los datos mímicos que se captan, el sentido de esta conversación. Matilde insiste en que tomen asiento, y por fin lo hacen.

A uno de los tres, que hasta ahora no se había manifestado, se le ve expresarse a través del juego de sus manos, evidenciando con ello cierto, indudablemente falso, dolor que le provoca la consideración de los hechos.

Matilde se mantiene rígida en un principio, pero, poco a poco, se va entregando arrastrada por una conversación que despierta tristes y humillantes vivencias suyas al evocar las más ardientes aristas de un paso inmediato.

De pronto, todos permanecen inmóviles; estatuas de sal ennegrecidas, cristales turbios del vivir de cada uno. La meditación no es pausa de paz sino más bien la calma que precede a una conmoción que toma fuerza y busca las más duras razones. La duda deberá tornarse en certeza. La incertidumbre en evidencia, deforma tal, que la ignominia puede tomar la cara de la justicia.

Después de permanecer unos instantes inmóviles, se incorporan y se aproximan aún más a Matilde como cerrando el círculo de forma íntima y con actitud deliberante. En ese momento entra Águeda que trae varias cortinas dobladas sobre el brazo. Ella queda inmóvil mirando al grupo. Ellos se vuelven y la miran. Ella trata de desviar la mirada. Ellos miran a Matilde que desvía sus ojos como si quisiera evitar ser consultada. Elisa, que ha permanecido al fondo, parece como si hiciera un movimiento hacia Águeda, como si intentara advertirla. Águeda, sin duda, lo ha comprendido así quizás porque el instinto de Thánatos le anuncie la proximidad de la noche y la liberación del caos. Por un momento, no obstante, da la impresión de que retrocede; sin embargo, ellos la están mirando fijamente y no le es posible moverse. Dadas las circunstancias, Águeda decide no respirar, no parpadear, parar incluso el curso de la sangre para evitar el ruido acelerado con que se precipita por sus torrentes interiores. Pero, sin duda alguna, sin el menor efecto, porque mientras ella intenta el recurso de negar la realidad, ellos la van delimitando de forma tal que resulta innegable, dado que en estos momentos Águeda representa la fragilidad humana y ellos encarnan la dureza del mundo.

De pronto, con cierta brusquedad, intenta otra solución adelantándose a los acontecimientos y se observa que, en un impulso, aparentemente vivo y espontáneo, se enfrentará al reconocimiento de unos hechos por los cuales, piensa, va a ser duramente inculpada. Sin embargo, la duda la inmoviliza, y, en cierta medida, se repliega en su propósito. Águeda, confusamente, intuye que ni por un momento debe ceder ante el buen sentido de la locura; es decir, negará hasta el final, en todo instante, las pretensiones lógicas con que el absurdo se enmascara. La desolación se refleja en su rostro al encontrarse carente de una vía posible, pero de la desolación surgen, a veces, luces que son como flores ensangrentadas nacidas del quebranto humano. Esta luz le lleva a ver en Matilde la única forma de su salvación, y es a ella a la que dirige su mirada, dura e incisiva, mirada fría, histórica, con un fin claramente provocador. La solución la ve en que Matilde se convierta resueltamente en su juez, misión para la cual conoce, posee una vocación antigua. De esta forma, podría recorrer la más difícil ruta del horror, sostenida por la dulce convicción del martirio. Pero Matilde ha bajado sus párpados negando la existencia de sus ojos. En este caso, el último de los recursos que a Águeda le queda —y así se observa— es negar lo que parece evidente, llegando de esta forma a conocer los límites de su propia situación. Y, en consecuencia, con un aire afanado en su propio quehacer pero indiferente a cuanto le rodea, mira a Elisa y se dirige a la puerta para descender al salón de la planta baja. Hay una pausa tensa. Los tres se miran y se vuelven hacia Matilde. Matilde, no obstante, continúa con los ojos cerrados, y ellos, lentamente, salen del salón detrás de Águeda. Elisa se aproxima a esta puerta y escucha. La luz disminuye gradualmente. Águeda, sin duda alguna, ha sido detenida. Hay una pausa. Se oye el ruido de un automóvil que se pone en marcha y se aleja).

ESCENA VI

(Se produce la súbita irrupción de Eugenia, M- Renée y tío Julio.

Matilde y Elisa continúan en la misma posición, en la misma actitud.

Por la izquierda entra Ernesto vivamente alterado. Todos quedan distanciados unos de otros. Hay un movimiento de brazos, un juego de manos excitadas, una constelación de ojos que se mueven y se dirigen miradas que se entrecruzan e interrogan. Después sucede una inmovilidad total como de estatuas que hubieran sido definitivamente

colocadas en sus pedestales. Al mismo tiempo todas las estatuas cierran los ojos y así permanecen para abrirlos, después, súbitamente, sus cabezas giran y prestan atención a la puerta por donde salió Águeda y por la que bruscamente irrumpe Marcos que se sitúa en el centro de un círculo que, forman. Parecen figuras de un ajedrez que evolucionan impulsadas por una mano que maneja una trágica partida. Conforme a este juego comienza a efectuar ciertos movimientos, diríase que el objetivo es Matilde como si encarnara a una reina sombría, objeto, ahora, de una obstinada persecución).

ERNESTO. *(A su madre).* ¡Te lo advertí! ¡Te lo estuve advirtiendo, mamá!

EUGENIA. Todavía no sé que ha ocurrido. Yo no esperaba a las Andrade, pero, no sé...

MARCOS. ¿Quién lo sabe? ¿Dónde está Águeda?

(A Ernesto).

¿Dónde está mi esposa?

ERNESTO. ¿Tu esposa?

MARCOS. *(Desafiante).* ¡Sí! ¿Dónde está mi mujer? ¡Mi esposa!
(Silencio).

¿Lo has oído?

ERNESTO. *(Atemorizado).* También lo estoy preguntando, Marcos.

MARCOS. ¡Matilde! ¿Qué sabes tú? ¿Adonde fue Águeda?

MATILDE. Ella bajó la escalera.

ERNESTO. Cuando llegué la vi en un automóvil que arrancaba.

MARCOS. Bajaba yo por la acera, y tuve esa impresión. ¿Quiénes la llevan?
¿Adonde van?

MATILDE. Estuvieron aquí. No comprendí al principio de qué se trataba.

(Duda).

Eran..., como policías vestidos con guerreras. Muy correctos por cierto.

MARCOS. ¿Qué hablaste tú con ellos?

MATILDE. Ahora mismo no recuerdo.

MARCOS. ¿Cómo es posible?

M^a RENÉE. ¿Que no recuerdas, dices?

MATILDE. *(A Elisa).* ¿Qué estuvimos hablando? ¡También te encontrabas aquí!

MARCOS. ¡Vamos, Ernesto! No hay tiempo que perder.

ERNESTO. ¿Adonde quieres que vayamos?

MARCOS. ¡Tú has vuelto a Madrid condecorado! Te tienen que escuchar.

(Sin esperar respuesta, preso de una extremada alteración se precipita hacia la calle).